

# Técnica, informática y cultura

Panagiotis Kondylis

**1**. CAMINOS FRENTE A LA DESORIENTACIÓN. Los políticos de todos los continentes no han confiado algunos de los secretos de su profesión y de su carrera a cualquier clase de computadora; se han esforzado cada vez más por lograr un entrelazamiento global de los canales de información y por hacer que la libertad esté cada vez más presente en el flujo y en el acceso a la información, rebasando todos los límites que había. Ello ha permitido la constitución y consolidación de la denominada “sociedad de la información” y, al mismo tiempo, ha sido una de las fuerzas motrices fundamentales de la sociedad económica.

Sus esfuerzos parecen, por ello, estar encaminados a llevar a la práctica la idea de la teoría social económica y teórico-sistemática. La complejidad social debe condicionar en el ámbito de la reflexión el significado que el conocimiento tiene en la sociedad. No obstante, se llama también “conocimiento” a la información, y la información está en la cabeza y en el corazón de la sociedad (del mismo modo que la “comunicación” es el concepto central de la teoría social de la democracia de masas). Este punto de vista tiene un trasfondo (no explícito) histórico-filosófico: ha sostenido que la “sociedad del conocimiento” supera político-ideológicamente al primitivismo premoderno, destacándose por el exceso de elementos cognitivos y por dejarse guiar por los hallazgos científicos.

Desde luego, en ninguna sociedad antigua la cantidad de información y la velocidad a la que se transmite han poseído la magnitud que tiene en la “sociedad del conocimiento”. Este fenómeno sirve a menudo como punto de partida de la proyección de futuros acontecimientos: son convertidos en hitos radicales, interpretados como avances pioneros, y se cree que su acción es, hasta la fecha, consecuencia de factores determinantes que hacen necesario una descripción adecuada de la ontología social.

Si esto fuera así, debería ser posible demostrar que el comportamiento humano habría sido modificado en cada cambio revolucionario y que habría sucedido lo mismo con la den-

sidad de información y la trasmisión correspondiente, como sucedió, por ejemplo, con la imposición de la escritura o de la invención de las artes gráficas. Sobre esto no puede haber ninguna duda. Los cambios que se han producido han sido históricos, pero de poca importancia; apenas han rozado el ámbito antropológico y ontológico-social.

La lógica de la información se somete en general a la lógica de las relaciones interpersonales dominantes y a las opiniones basadas en ideologías. El vocabulario cibernético obstruye el acceso a esta clase de banalidades. Mientras que el término “información” significa aportar conocimiento nuevo, el término más general “comunicación” puede referirse a un contenido popular y no necesariamente a un contenido cognitivo nuevo. El aumento de la comunicación no equivale al aumento de la calidad de la información en los términos en que parece traslucir la idea de una sociedad del conocimiento, pues las redes globales no sirven necesariamente para transmitir información con valor cognitivo. Pronto se convertirán en un espejo y en un catálogo de opiniones de la más diversa índole. En ellos se podrá encontrar un fiel reflejo del mundo, e incluso el mundo mismo no será más que lo que los medios de comunicación reflejen, un mundo que será superado, en consecuencia, por sus propias fuentes de conocimiento. En la fuente de los “flujos de información” se encuentran hombres tales como los neonazis americanos, quienes están muy bien “conectados” entre sí. No por azar hay una larga disputa en curso en torno a lo que puede ser transmitido y lo que no. Información y manipulación continuarán también siendo mellizas en el futuro.

La expectativa por el cada vez mayor y más rápido flujo de información es el elemento cognitivo-racional impuesto en la sociedad, el cual debe tener también, no obstante, otras justificaciones. Se halla fundamentado en la convicción de que estar en posesión de más información significa pensar y actuar racionalmente, mientras que el modo arcaico de actuar florece principalmente en la enajenación mental de la deficiencia de información. La conclusión es evidente: no la pura

utilización de la información, sino el arte y la cualidad del empleo del fundamento cognitivo de las acciones racionales. La racionalidad de las acciones debe ser, por lo tanto, una disposición que la dota de una dimensión autónoma. No obstante, en todo ello hay un error pragmático. La producción de una unión entre la mayor cantidad posible de información y un fuerte potencial cognitivo-racional implica la suposición de que la utilización de esa cantidad no se realiza realmente debido a la toma de una decisión práctica antes de que sea examinada toda la información disponible. Empero, la utilización de la información se efectúa en situaciones concretas y, por lo tanto, bajo la presión del tiempo y de la decisión, que aumentan a medida que la “sociedad de la información” se convierte en una “sociedad de la economía y de la competencia”. La rapidez en la trasmisión de la información aumenta a medida que lo hace la presión de la decisión.

La preocupación principal de los sujetos no ha de ser, en consecuencia, necesariamente cuánta cantidad de información hay disponible, sino el lapso de tiempo que se precisa para conocerla, evaluarla y clasificarla. Disponer de un tiempo razonablemente limitado no constituye una gran ventaja a la hora de seleccionar información entre la gran cantidad de que disponemos. La oferta de información almacenada en un ordenador es empleada de un modo o de otro, como sucede con la información contenida en los libros de una biblioteca o en un archivo en el que se acumulan conocimientos. Esto ha sido muy importante tanto para los políticos como para los corredores de bolsa. Se pueden ahogar en las cada vez más imparable oleadas de información. Por otro lado ha contribuido a repensar efectos implícitos y explícitos de esta información, los cuales han adoptado una nueva complejidad.

El elemento cognitivo en una sociedad con un alto grado de complejidad puede ser identificado con el aumento de los flujos de información; pero este aumento puede hacer que la cualidad de la información se debilite. Me refiero a que la obtención de resultados a largo plazo en el ámbito del saber constituye un proceso que no podría tener lugar si no se obtuvieran primero resultados a corto y medio plazo, donde hay avances y retrocesos que afectan no solamente al conocimiento en su estadio actual —que es a menudo inestable—, sino también a la totalidad del conocimiento en el futuro. La tendencia general del conjunto de los sucesos puede y probablemente debe permanecer todavía más a la vista mientras se profundiza en el conocimiento de las relaciones individuales, lo cual produce una considerable diferencia de contenido frente a la concurrencia ocasional de perspectivas subjetivas.

La complejidad de lo social hace que la totalidad de las consecuencias imprevistas e inesperadas de las acciones colectivas intensifique los efectos que produce la heterogeneidad de las relaciones. Esos efectos han sido considerados tradicionalmente desde el punto de vista de la “mano invisible”, según el cual, gracias a su entrelazamiento, los irracionalismos individuales obtienen un resultado racional colectivo. Pero también puede suceder lo contrario: la suma de las racionalidades parciales puede producir un resultado final irracional, lo cual puede deberse a la aceleración que sufren los sujetos debido a la rapidez de los rápidos flujos

de información, que provoca resultados indeseados. La “sociedad del conocimiento” solo puede, pues, desarrollarse de forma estable en caso de que se satisfaga la expectativa subjetiva creciente con respecto al modo de comportarse de las interacciones recíprocas de los sujetos, pero también con respecto al rendimiento de la totalidad de los “sistemas”. Cuando en una situación concreta se satisface la expectativa recíproca que tiene un grupo de individuos, el resultado final que éstos esperan puede, sin embargo, no darse. Si esto se produce no en una relación entre un grupo reducido de individuos sino en una sociedad de gran complejidad, entonces tiene lugar una situación de desorientación absoluta. El punto arquimédico, el punto del que partir, se sepulta en algún momento y en algún lugar de la espesura de la complejidad.

En el momento decisivo o bien no se encuentra la información oportuna, o bien es puesta de manifiesto pero se torna en un objeto en torno al cual existen opiniones opuestas. Las críticas radicales, junto a la contraposición de los distintos puntos de vista, deberían hacer reflexionar, sobre todo cuando está en juego la evaluación de información que afecta a los intereses de las masas y sus hábitos de vida, por ejemplo, información sobre los ecosistemas.

**2. SOÑAR CON EL CIBERESPACIO.** Las sociedades se pueden cerciorar de su propia realidad si se presentan en forma de hipóstasis míticas. Porque, en tales hipóstasis, la cantidad real y la cantidad deseada coinciden, lo cual quiere decir que se acrecienta el conocimiento que tienen de sí mismas. Después de la “muerte de Dios”, la comprensión que la sociedad burguesa tiene de sí misma toma como referencia hipóstasis tales como la “naturaleza”, la “historia” o la “humanidad”, de ahí que se identifique a la democracia de masas después de la muerte del hombre en la democracia de masas como con “estructuras” o “sistemas funcionales” que son comprendidas y dirigidas por la cibernética.

En el ámbito de la informática global estos sistemas han sido recientemente bautizados con el nombre de “ciberspacio”. La búsqueda de un nombre como este satisface la necesidad de hipostización. Como entidad autónoma, el ciberspacio somete a los sujetos a su propia lógica y, al mismo tiempo, sus características deben marcar un cambio de época. La “caída de la materia” —nada menos que eso— se anuncia, lo cual significa la cada vez mayor irrelevancia económica de los factores materiales y el aumento excesivo de las “facultades mentales” o cognitivas, como se expresa en el Manifiesto del Ciberspacio.

*2.1 Comunicativo en lugar de productivo.* Detengámonos ahora en este manifiesto. Es, por un lado, trivial que no se tengan en cuenta las fuentes “materiales” y los “trabajos forzados” que subyacen a la permanente conciencia de dominación de las “facultades mentales”, así como de los saberes correspondientes, que se han construido piramidalmente. Por otro lado, es engañoso, porque se encubre el hecho de que la presunta desaparición de la materia parte de condiciones previas materiales. No es una coincidencia azarosa que esta nueva noticia relativa al ciberspacio provenga de una zona muy concreta del mundo —a saber, la que mayor grado

de industrialización ha alcanzado—, que constituye la sexta parte de la población mundial y que dispone, aproximadamente, de la quinta parte de la riqueza y la energía mundiales. El “sueño americano” del ciberespacio, como sus creadores lo llaman, tiene un diseño muy preciso desarrollado en los Estados Unidos, país que constituye el cuatro por ciento de la población mundial y que consume —o más bien desperdicia— la cuarta parte de la energía mundial; en él se localiza, además, un promedio por habitante de consumo de árboles que alcanza el millar.

Estos datos no deben conducir en modo alguno a la conclusión de que esa parte del mundo le debe mucho a la otra parte del mundo, de la cual se obtienen la mayoría de los recursos materiales del planeta. La explotación de su riqueza exige abundantes conocimientos técnicos y la inversión de mucha energía político-militar. Sin embargo, tales conocimientos y tal inversión nunca podrán constituir un motivo que justifique la apropiación de los recursos materiales que pertenecen también al resto del mundo. Resulta, por el contrario, decisivo que en cualquier momento se le pueda permitir una adquisición privilegiada de estas mismas riquezas, con independencia de si las necesidades que han tenido son reales o de si han sido siempre las mismas. La escasez que provocaron, sin embargo, sí era real, y probablemente continuará siendo así.

En una sociedad altamente tecnificada el saber puede convertirse en un factor esencial de las reproducciones materiales que actúan como base de dicha sociedad. El interés en él disminuye tan pronto como la base material, que es absolutamente imprescindible, se encuentra en peligro. Ningún *Know-how* y ningún ciberespacio podrán globalizar las condiciones industriales japonesas, a menos que se garantice totalmente la subsistencia de la Tierra y, por tanto, que se garantice al mismo tiempo la subsistencia de toda la materia prima disponible. Del mismo modo, sin su inmenso potencial de recursos materiales y sin el discreto acceso político-militar a los recursos materiales globales, Estados Unidos nunca habría sido el país pionero del ciberespacio. Ha realizado, por lo demás, grandes esfuerzos por mantener y vigilar este acceso, y gracias a esta vigilancia los europeos occidentales y los japoneses también han disfrutado de grandes ventajas. No se puede, sin embargo, garantizar que en el futuro sigan disponiendo de tal acceso.

No obstante, desde el punto de vista de la democracia de masas, en el ámbito de lo social la “información” o la “comunicación” se encuentran a la sombra de los “recursos” o la “producción”. Esto sugiere que cuando la agricultura y la industria han alcanzado determinado nivel de productividad, el trabajo que realiza una reducida minoría puede garantizar el abastecimiento material de los demás ciudadanos, que se diferencian claramente de quienes trabajan con signos y símbolos en el ciberespacio. La “comunicación” en este último ámbito se autonomiza, es decir, adquiere un significado ideal frente al significado que tiene en la “materia”. En esta clase de comunicación siempre se consume menos de lo que se produce y, en consecuencia, con el intercambio simbólico de información y dinero se realiza una menor producción de mercancías y un menor consumo de los servicios propios del mundo material.

De esta manera, la sensación que se tiene de la “materia” y la preocupación por su posesión se desvanece en el aire. No obstante, la imagen que los defensores del ciberespacio nos presentan del futuro, a pesar de ser muy prometedora, es falsa. La sobreabundancia de “comunicación” no sería posible en modo alguno sin los recursos materiales que dependen de la producción de masas. La red de intercambios e información es muy amplia y extensa, y la producción de bienes tendrá que sufrir serios cambios o habrá una escasez de los factores materiales en los que aquélla se sustenta. El ciberespacio tiene que dejar de sostenerse en una base poco sólida, sobre todo en lo que concierne a los procesos de comunicación e información.

*2.2 Ilimitado solo para lo irrelevante.* Los *beati possidentes* miran por encima del hombro la tosca materia para enaltecer el poder de algunos espíritus, los cinco (que pronto serán siete u ocho) mil millones de seres humanos pueden y deben emular sin rodeos la explotación sin contemplaciones de las fuentes materiales con el fin de adquirir bienes también materiales. La actual presión demográfica no es tan relevante como parece en la lucha que enfrenta a dos opciones mutuamente excluyentes: la destrucción de las fuentes materiales (y también ecológicas) o el consumo “con sentido”. En caso de que se dé más importancia a esta última opción y de que no sea incompatible con el progreso técnico, entonces el ahorro de energía y la disminución de contaminación del medio ambiente pueden nivelar los efectos secundarios del rápido ascenso industrial de gigantes como China, India o Brasil, aun cuando exista en la actualidad una gran rivalidad (principalmente por los recursos materiales, aunque no solo por ellos) entre las naciones líderes del mundo.

El ciberespacio actuará como promotor del aumento del crecimiento económico sin intención de contribuir a la revalorización de los factores que pretende dejar a un lado. La cada vez mayor racionalidad de las acciones —realizadas siempre en el marco de un “sistema”— no puede en modo alguno garantizar que las circunstancias actuales seguirán existiendo en un futuro no muy lejano. La afirmación de que sí es posible prever estas circunstancias se deja llevar por el optimismo que genera la convicción de que, gracias al ciberespacio, se iban a suprimir los límites materiales. El poder de distribución, sin embargo, seguirá siendo una condición material —y, por tanto, una limitación— del flujo global de información, poder que también seguirá existiendo. Allí donde llegue el ciberespacio estarán presentes las líneas divisorias que establece el poder de distribución. La distribución de bienes es incluso menos generosa que el intercambio de información. Y sin la distribución de los recursos vitales materiales —incluyendo el aire y el agua— se abandonará completamente el ciberespacio.

**3.** LA UNIVERSALIZACIÓN DE LA TÉCNICA Y LA CULTURA GLOBAL. La tecnificación de la economía y del mundo de la vida se efectúa desde hace aproximadamente un siglo a un ritmo cada vez más rápido a escala global. Era y es interpretado con frecuencia como un efecto secundario o, al menos, como un indicio de la imposición de Occidente, la cual ha

dado forma a la cultura durante y después del Renacimiento y la Ilustración. Esta interpretación se basa en dos supuestos que, a pesar de ser coherentes, no han sido justificados. En primer lugar, no se postula una continuidad puramente temporal de la cultura occidental, sino más bien una continuidad cuantitativa y cualitativa. La unidad se mantiene como tal debido a que sus componentes constitutivos se han conservado en su mayoría, y esto quiere decir que tales componentes pertenecen al mismo grupo. Se han originado a partir de un mismo espíritu racional. Este espíritu actúa tanto técnica como económicamente, tanto política como éticamente. La técnica se ha desarrollado en paralelo a la economía liberal y la libertad política; en otras palabras, la técnica ha debido demostrar su humanidad jurídico-estatal. Hay una relación conceptual e histórica entre la civilización material y la cultura ético-política, entre la imposición de la civilización técnica y la imposición de la división del trabajo. De ahí que la movilidad social que se propone minar el patriarcalismo autoritario deba tener una correspondiente cultura ético-política.

En la correlación entre los significados sociológicos se puede observar, de este modo, una interacción entre el desarrollo técnico, la forma de la economía y la forma de organización, que, no obstante, pueden parecer muy distintos y, en particular, no expresa compromiso absoluto nada sobre la constitución política. Pero no se trata de si la correlación sociológica es correcta o no en general, sino de si dicha correlación se realiza en los contextos concretos que tienen un contenido específico y de si sus modos de combinarse durante el pasado siglo han sido más o menos constantes. Este no es el caso, en mi opinión.

A partir de las últimas décadas del siglo XIX tuvo lugar una ruptura radical con la forma, el contenido y la composición de la hasta entonces dominante cultura burguesa occidental. Esta ruptura hizo posible la universalización de una de las características de dicha cultura, aunque desarrolló una dinámica propia que haría que éstas se desvinculasen de su contexto original, al tiempo que se dirigió reiteradamente contra otras características con las que antes había mantenido una relación armónica ideal. De esta manera, la universalización de lo occidental —o mejor dicho: de Occidente mismo— fue acompañada de una disolución que tuvo lugar desde el Renacimiento hasta aproximadamente la Primera Guerra Mundial.

3.1. *El politeísmo del consumo.* El complejo proceso de la expansión global de Occidente tiene lugar en paralelo con la desintegración de la dimensión cultural de la burguesía occidental, donde la técnica se convierte en una cuestión clave. Toda apología de la técnica presenta a ésta como la dimensión prometeica de un *homo universalis* y defiende la unidad de las distintas dimensiones de que se compone. Se esfuerza por unir la actividad técnica de este *homo universalis* con otras actividades, de tal modo que se puedan establecer objetivos comunes para todas ellas.

No puede haber, sin embargo, ningún discurso en el que el *homo universalis* sea considerado como una realidad social o en el que se apologice la figura burguesa de pensamiento y que pueda demostrar por sí mismo la superioridad de

la cultura burguesa sobre otras. Este ideal se ha mantenido de forma simbólica mucho tiempo después de que dejara de tener predominancia dicha cultura —teniendo en cuenta las bases de la cultura actual la técnica moderna resulta harto elemental, sobre todo en aquellos casos en que las formas de vida no han sido afectadas todavía por el proceso de masificación— debido a que en la técnica se ha entrelazado una interpretación mecanicista con una concepción mítica de la naturaleza. Esta última ha actuado como una norma ética y estética que ha repercutido directa o indirectamente a la jerarquización del liberalismo burgués oligárquico, aunque también puede ser comprendida como un elemento perjudicial para dicha jerarquización.

Ante esta constelación de hechos, en los siglos XVIII y XIX todas las tendencias opuestas importantes fueron determinantes a nivel social. Se consiguió la abolición del liberalismo oligárquico gracias a la moderna democracia de masas y la caída de la idea mítica de la naturaleza. Y ello en la medida en que la técnica se desprendiera del esfuerzo prometeico del *homo universalis* por proporcionar la satisfacción de las necesidades de las masas, así como del proceso de unificación de la producción y el consumo de masas. La técnica se liberó de su antigua vinculación con la ideología y su entrelazamiento con las funciones principales de la democracia de masas sufrió un notable desplazamiento, el cual provocó —por señalar una de las muchas consecuencias que tuvo— una doble crisis de la concepción de la racionalidad. La oposición entre la racionalidad técnica y la racionalidad ético-normativa es una cuestión que, por lo demás, no preocupó ni durante el siglo XVIII ni durante el siglo XIX, pero que tuvo una importancia decisiva en el siglo XX.

Por otra parte, bien es cierto que se ha demostrado que el fenómeno de la producción y el consumo de masas en la sociedad democrática de la información es igualmente indispensable, pero presupone una actitud y un modo de actuar de los cuales no puede decirse que mantengan necesariamente un vínculo ético ni psicológico, y sin embargo tienen que coexistir en esta sociedad y con frecuencia coexisten en las propias personas, las cuales se ven obligadas a adoptarlos. La producción en masa exige que la racionalidad puramente técnica ejerza influencia en la sociedad, una racionalidad que, lejos de agotarse en el propio proceso de producción, lleva a su extremo los cálculos económicos: exige la acumulación y la renuncia al consumo inmediato. El consumo de masas, por el contrario, ha promovido una ética hedonista en sus muy distintas variantes —desde el materialismo vulgar hasta la espiritualidad más elevada—, que se combina con el ascetismo, esto es, con una suerte de renuncia que recibe la influencia de una ética cristiana-burguesa y, al mismo tiempo, hace surgir al politeísmo axiológico, en el que cada posición tiene una visión distinta del mundo, que penetrará de forma decisiva en las formas de pensamiento y de vida. En la actualidad coexisten y compiten entre sí el “racionalismo” y el “irracionalismo”. La racionalidad técnica es la única que no puede permitirse el lujo de divertirse; debe posicionarse en contra de la libertad absoluta en la esfera del consumo, a pesar de que necesite a ésta para poder desarrollarse.

Esta comprobación es importante por lo que respecta a la posibilidad de valorar debidamente la dimensión cultu-

ral de la universalización de la técnica occidental. Debido a la autonomización de la racionalidad técnica, que va acompañada de una disolución —programática y no meramente ocasional— de la unidad de las obligaciones dentro de la esfera cultural, en la actualidad la cultura de masas está íntimamente conectada con la esfera del consumo, de tal modo que la racionalidad técnica ya no exige un contenido cultural uniforme y unívoco. En la expansión global de la técnica occidental no es necesario, en consecuencia, que continúe lo que antes había estado vinculado culturalmente al espíritu técnico-industrial. El desarrollo cultural puede incluso ir en dirección contraria, como ocurre con la creciente cantidad de esoterismo, la meditación, la magia o el alto nivel de espiritualidad, como ha atestiguado el primitivismo artístico en Occidente durante décadas, siempre, claro está, que lo que se importe y se exporte sea la técnica.

En términos generales, mientras que la técnica, en tanto que racionalidad y en tanto que praxis, se manifieste con dimensiones globales uniformes, el contenido cultural podrá cambiar radicalmente y podrá estar presente en la amplia esfera del consumo. Dicho de otro modo: cuanto más varíe el contenido cultural, en el que arraiga el consumo material y espiritual, más descolorida y reservada será la técnica, en términos culturales. Es por ello que no hay que precipitarse y tener absoluta confianza en que la técnica puede tener el mismo efecto positivo en todos los lugares; su imposición global implicará que emerjan ciertas necesidades que tendrán que ser satisfechas. Asimismo, orientará de modo diferente el rumbo de la cultura global. El abismo entre la producción controlada por la racionalidad técnica y el consumo hedonista desenfrenado puede incluso hacerse más profundo debido al progreso técnico; el aumento de la productividad tendrá como consecuencia que haya cada vez más personas vinculadas directamente al proceso de producción y que se deje a un lado el pensamiento y el modo de vida antitecnicistas. Todavía no se ha clarificado en qué consiste el panteísmo o el pandemonio de la cultura consumista. Así, se puede considerar que la actual racionalidad técnica, sin la intervención de otros factores sociales, se unifica con la esfera cultural. El empleo de las ruedas y el arado en las culturas del antiguo Egipto y la antigua China o el empleo mismo del alfabeto en otras sociedades nos hace ver que existe un denominador común que constatar ya en la antigüedad del progreso técnico y la cultura.

La experiencia de la expansión del patrimonio cultural de Occidente en el siglo XX ha permitido conocer que ésta fue tan exitosa debido a que el canon “occidental” de la cultura dominante se fue alejando progresivamente de los ideales del Renacimiento y la Ilustración. A propósito de esta situación se puede realizar una comparación de los relativos logros de los dos representantes de “Occidente” en el mundo moderno; a saber, Europa y los Estados Unidos.

Por un lado, Europa dominó culturalmente el mundo en su era liberal e imperialista, es decir, durante el periodo en que la cultura de masas actual se encontraba en su fase inicial; de ahí que la influencia de la cultura europea fuera de Europa, por lo general, se haya manifestado solo en las clases altas, en las cuales ha provocado a menudo graves crisis de identidad.

Por otro lado, a diferencia de lo que ocurrió en los años inmediatamente posteriores a la fundación de los Estados Unidos, como ya hizo notar Tocqueville, en la fase de la democracia de masas en que se hallan sumidos en la actualidad se ha producido una mezcla multinacional que amenaza su cohesión a causa del poder que ha adquirido la cultura de masas. El desbordamiento del Globo que ha protagonizado la cultura americana, sobre todo después de 1945, no puede ser reducido a la presencia política mundial de los Estados Unidos. La razón de que sucedan estos acontecimientos puede encontrarse en la naturaleza de esta cultura misma: en la heterogeneidad de su identidad, la cual presenta una mezcla del tecnicismo natural y de los fines del consumo aprovechados también en toda clase de cursilerías, sobre la cual se ha constituido la mala conciencia de la venerable tradición. Tiene, por consiguiente, un profundo significado histórico-cultural y social el hecho de que el mundo actual se haya “occidentalizado”, en la medida en que este proceso se ha hecho cada vez más real. Se ha logrado la americanización y la europeización del mundo. Elementos de la Modernidad europea hacen, del mismo modo, su viaje alrededor del mundo y se establecen en las raíces de éste. Esto no es decisivo en el contexto contemporáneo, sino más bien en el amplio marco del panteísmo cultural, en el que tales elementos son clasificados de forma muy heterogénea. En otras palabras, no son elementos que formen parte de una alta cultura que se encuentra aislada de las demás (pues esta fue solo la comprensión que la cultura europea tuvo de sí misma hasta aproximadamente 1900), sino como componentes iguales e intercambiables en un todo fluctuante.

3.2. *Interminablemente combinables e incoloros.* En suma, Occidente es, debido a la exportación de la técnica, culturalmente relevante, pero el hecho de que se caracterice por su capacidad de combinarse con diferente contenido cultural, hace que sea profundamente descolorido. Al no haberse exportado una cultura perfectamente coherente y cohesionada, se ha asegurado la imposición global a largo plazo de la superioridad de Occidente, que actúa como un instrumento de libre uso, y que, lamentablemente, se puede tornar en un arma contra el propio Occidente (del mismo modo, por lo demás, que puede suceder con el “comercio libre” o los “Derechos Humanos”, siempre que impliquen esta liberalidad absoluta). El exportador se encuentra, sin embargo, solo con ventaja en la fase inicial. Debido a que ha sobrepasado con creces el beneficio a corto plazo, ha perdido de vista fácilmente la lógica inherente al progreso. Debe darse cuenta con rapidez de que puede haber limitaciones al éxito rotundo de sus creaciones originales. También tendría que evitar seguir produciendo residuos tóxicos que han generado conflictos y desequilibrios globales. Frente a ello, tiene que optarse por un desarrollo uniforme de la técnica y conseguir una sociedad homogénea, el cual tendría que darse también en la cultura durante un prolongado periodo de expansión y consolidación del sincretismo y del panteísmo, sin que el componente occidental tuviera que aumentar excesivamente durante las décadas posteriores a dicha expansión.

A pesar de todo, el propósito de llevar a la práctica esta opción se ha encontrado con grandes obstáculos en el camino.

La inevitable distribución y respuesta a las peticiones obliga a cada actor en el escenario internacional a reflexionar sobre sus propios intereses, y tales intereses están vinculados habitualmente a las identidades culturales, las cuales actúan como un tejido conjuntivo simbólico. Asimismo, guiados por la ideológica libertad de acción, todos se aproximan más o menos a la atomizada sociedad del consumo. Bien puede imaginarse que la osmosis cultural a escala global tiene límites fácilmente modificables, lo cual se correspondería con el desarrollo de varios tipos básicos de democracia de masas. La existencia de estas diferencias en las democracias de masas no tendría necesariamente que conducir a que se detuviera el acuerdo global entre la economía liberal y el parlamentarismo occidental. Cabe señalar que la distribución, en el caso del crecimiento económico y la prosperidad, proporciona ganancias absolutas a algunos y ganancias relativas a otros, ya que los efectos que pueda tener siempre dependen de quiénes son los que reciben las ganancias. Pero el problema de la distribución bajo condiciones de grave escasez tiene mucho que ver con la dramática evolución de la situación ecológica y demográfica en la que nos encontramos. De ahí que una reducción radical del consumo de masas tendría su homólogo en una reducción del panteísmo cultural. La disociación cultural entre los distintos tipos de democracia de masas se intensificaría. Sin embargo, no solo no se vendría abajo toda legitimación política, sino que en última instancia se promovería, al menos como perspectiva de futuro, el aumento del bienestar. Provocaría al mismo tiempo una reorientación ideológica, a causa de lo cual fracasaría nada menos que el orgullo y el motor de la sociedad de producción y consumo de masas: la técnica. Incluso hoy en día la técnica se halla en esta situación, luchando así contra sus propios efectos secundarios. Por ello, su progreso es, en gran parte, ficticio. A ello se debe que la gran aporía del diseño que el mundo occidental tiene en la época de la democracia de masas y de la descolorida técnica se haya convertido en un foco de interés.

**4.** LA CULTURA DE MASAS Y LA CULTURA GLOBAL. La expansión colonial europea comprendió al planeta en su totalidad. Fue entonces cuando se planteó la cuestión de la literatura global. La interdependencia material todavía va acompañada de la globalización de la democracia de masas —la cual constituye la primera formación de una sociedad global—, y apremia hoy en la reflexión en torno a la posibilidad y el carácter de una cultura global. Esta cuestión constituirá seguramente un tema de reflexión en la próxima década, y quizá también en el próximo siglo.

La interdependencia global es, en este sentido, irreversible, sobre todo debido a que tiene lugar bajo la presión de la creciente densidad de población. El perfeccionamiento de los medios de comunicación y transporte integra la contraparte técnica de un espacio global, donde las zonas despobladas y los “límites naturales” están destinados a desaparecer en su mayoría. Pero todavía las culturas se distinguen claramente unas de otras y cada una de ellas se desarrolla en su propio “invernadero”, donde previamente se han instalado y establecido límites con otras culturas.

La literatura global trató esta cuestión cuando la cultura europea moderna se encontraba todavía en su apogeo. La cultura global figuraba en el orden del día debido a que durante su desarrollo se encontraba en el cerco de la Modernidad europea y poseía características específicas que precisamente fomentaron el inicio de esa era global. Esto también puede verse en la concepción dominante de cultura europea que se ha disuelto durante el siglo XX.

No todas las culturas desarrollan una concepción de cultura descriptiva o normativa. Sea como fuere, no hay ninguna formulación que exprese un esfuerzo tan grande por ser descriptiva como la de la Europa moderna. Esta formulación identifica al ideal de cultura con el ideal de formación; bien es cierto que apunta hacia un concepto normativo de naturaleza, pero también apunta hacia la autonomización de la esfera cultural, en contraste con la esfera material de la vida social. Esto fue una novedad con respecto a otras culturas que repararon poco en la formación. Supo distinguir entre las naciones cultas y las no cultas. La formación, en particular, de la perfección moral, comprendía la educación popular en algunas culturas. Sócrates y el gurú oriental no se encontraban, en este sentido, muy lejos el uno del otro.

4.1 *Sócrates y el gurú.* La formación de la nueva sensibilidad europea estaba dirigida contra los fines culturales absolutos, contra las preocupaciones ético-prácticas inmediatas e incluso contra los posibles ataques de los demonios. Se hacía hincapié, sobre todo, en los efectos secundarios éticos de gran magnitud que podían tener las acciones, que hacían necesaria la formación en el autodomínio. La cultura burguesa constituía un bien individual y un valor fundamental, que se apostrofó como la rudeza de la aristocracia guerrera feudal.

El concepto de cultura tenía, por consiguiente, frente al concepto de formación una dimensión que lo distinguía claramente de lo que se puede denominar un concepto objetivo de cultura. Este último no refleja los modos de vida de algunos colectivos, que son objetivados en el arte o en las concepciones del culto al bien y al mal. El concepto objetivo de cultura se ha mantenido como problema en la actual dicotomía entre una sociedad “premoderna” y otra “moderna”. Tiene —en tanto que “cultura popular”— un papel disimulado, una forma y una dosificación diferente que ha sido empleada para apoyar a las concepciones políticas nacionales.

Pero la concepción liberal y antiliberal de la nación pronto tomó caminos distintos. La idea de una original e inmutable esencia de la cultura popular era defendida con más probabilidad por los viejos conservadores y más tarde por los nacionalistas de derechas —que son sus más férreos defensores—, quienes desconfían de las connotaciones cosmopolitas y al mismo tiempo individualistas del ideal de formación, mientras que los socialistas y comunistas lo confunden con el concepto de “clase”. Sea como fuere, el golpe mortal contra los conceptos de cultura burguesa y de formación no proviene de este lado, sino de la Modernidad y la Vanguardia literaria y artística.

4.2 *Culturas populares extinguidas.* Al comienzo, el individualismo cultural fue llevado al extremo. El individuo creativo hizo uso del derecho de soberanía. Considera que

el patrimonio cultural tiene en todos los tiempos y lugares los mismos componentes, aunque se presente con diferentes o nuevas combinaciones. Cualquiera que sea su origen y su inspiración, son considerados como tales componentes idénticos. De este modo, se aspira a superar toda separación entre el “arte” o el “espíritu” y la “vida”, lo cual puede dar como resultado que la cultura y la formación se sitúen frente a frente con otras esferas sociales. La consecuencia paradójica de esto es precisamente que aquel individualismo extremo, que había tomado una nueva dirección, perdió su fundamento. Cuando se permite toda clase de arte o toda clase de patrimonio cultural no hay ningún artista ni ninguna institución cultural en el sentido burgués. El reclamo, el consumo, el entrenamiento y la cultura pueden así desmoronarse.

Todo esto ha conducido, en sus distintas variantes, a la rehabilitación de los conceptos objetivos de la cultura. La cultura popular, entendida con el significado que antes poseía, era el nombre empleado para denominar a la actual cultura de masas, y aunque el primero lo hace en nombre de la tradición y el segundo, por el contrario, en nombre de las modas cambiantes, no dejan de ser en ambos casos conceptos de culturas, que son tan amplios que puede referirse a todos los ámbitos de la vida social y, en consecuencia, no se admite la separación entre la cultura o la formación y la vida. De ahí que hoy se hable de la cultura del cuerpo, de las protestas, de los horóscopos, de “General Motors” y de “Disney Land” sin tener la sensación de que son términos falsos o sin sentido. Por otro lado, la tradicional cultura popular podría no ser presa de una concepción objetiva de la cultura en nuestro siglo, sobre todo gracias al trabajo cada vez más popular de la antropología cultural americana.

Sea como fuera, fue decisiva la comprobación de que la cultura global en la época de la democracia de masas constituía el trasfondo de la atribución de la debida importancia a la concepción objetiva de la cultura. Su desarrollo y difusión no se podía conciliar con cualquier concepción de la cultura, pues requería especialmente la sustitución de la concepción burguesa de la cultura y la formación dominante en la Modernidad europea. La cultura global tuvo, de este modo, que pasar por encima de esta última concepción e intentó elaborar una concepción objetiva de la cultura, es decir, una concepción acorde con la cultura de masas. No solo porque la cultura nacional se había extinguido o resultaba estéril, sino también porque el fundamento de la diferencia estructural entre la cultura de masas y la cultura nacional se había disminuido considerablemente.

Mientras que una cultura popular solo puede desarrollarse bajo determinadas condiciones geográficas y demográficas, y, por ello, siempre se encuentra en confrontación con otras condiciones que son contrarias a tal desarrollo, la moderna cultura de masas occidental se caracteriza principalmente por su capacidad ilimitada de asimilación y de combinación. El origen occidental de la globalización en ningún caso se interpone en su camino. La cultura democrática de masas de Occidente ha tenido desde sus inicios un diseño acorde con el nivel más alto de la modernidad literaria y artística de vanguardia, que la ha convertido en una puerta abierta al juego global de combinaciones, mientras que, al mismo

tiempo, el eurocentrismo y la ciudadanía se han encontrado bajo ataque, algo que, por lo demás, podía anticiparse a causa de la propia lógica de este problema.

En la concepción objetiva de una cultura democrática de masas, el remanente de la cultura popular, que ha hecho que se venga abajo la concepción de cultura burguesa y de formación, se encuentran, por consiguiente, las condiciones históricas y estructurales necesarias para que tenga lugar la génesis de una cultura global. La dinámica de la democracia de masas en el Occidente americano y europeo es el motor de la globalización de los contextos democráticos de masas. Solo en el caso de que la cultura se constituya a partir de combinaciones de unos contextos con otros sin un canon establecido y sin la consideración de los criterios cualitativos que definían a la cultura burguesa, puede esperarse que se disuelvan las culturas nacionales y populares, las cuales sirvieron antaño como componentes de una combinación cultural de dimensiones globales, donde no importaba cuán diferentes fueran tales componentes. Solamente cuando la cultura y la vida se identifican la una con la otra tiene lugar la extensa homogenización del curso vital y puede, gracias a ello, emerger una cultura global uniforme.

Una cultura global puede surgir, por consiguiente, solo cuando la cultura no es entendida meramente como una esfera superior en la que los logros individuales son un relevo de la formación. Su función principal sería, forzosamente, la de un crisol y tendrían así que conseguir, *mutatis mutandis*, a escala global lo mismo que la cultura de masas consiguió dentro de estados multinacionales como ocurrió con los Estados Unidos: la capacidad de igualación e integración de todos sus componentes. Para llevar a cabo esto, el máximo común denominador parece, naturalmente, ser mucho más importante que la separación de los momentos cualitativos.

Debemos tomar parte de la cultura global con la misma naturalidad y facilidad con que hoy tomamos parte de la cultura de masas o como en el pasado hicimos con la cultura popular. En una palabra: la actual cultura de masas, impregnada de la cultura occidental, debe congeniarse con la cultura. Las diferencias de contenido que hay entre cada continente y cada país tendrían incluso la misma importancia que las irregularidades que tienen lugar dentro de la actual cultura de masas occidental. No es tanto sobre el contenido cuanto sobre el juego de combinaciones libres correspondientes en cada caso lo que en sí mismo interesa del actual contexto social.

Aunque la formación de la cultura de masas occidental es una condición necesaria (y, al mismo tiempo, un modelo estructural) de la cultura global, no es sin embargo una condición suficiente. Una cultura global, en la que todos los ciudadanos del mundo participan con la misma naturalidad —como sucedía en las tribus y naciones de las antiguas culturas populares—, exige ir más allá de la masificación de la cultura. Tal exigencia no sería objeto de debate en las discusiones en torno a las cuestiones fundamentales de la cultura si cesaran los grandes conflictos en la sociedad global armonizada, o si se excluyera a la dimensión cultural de la agenda de los conflictos.

No parece que se vaya a realizar ninguna de estas dos posibilidades en un futuro próximo. La sociedad global ha

tenido que generar solidaridad al modo en que lo había hecho ya la sociedad nacional con la solidaridad de clases y grupos. Y mientras ha tenido lugar el grave conflicto en la sociedad global, llegando a un brutal enfrentamiento por la mera supervivencia, el sujeto colectivo tiende a cumplir con sus objetivos materiales sin dejar de poner énfasis en la dimensión simbólico-cultural de tales objetivos. Asimismo, en una cultura global los valores tienen, ciertamente, reconocimiento, pero son interpretados de forma distinta, de manera semejante a como ha ocurrido en la cultura nacional y en la popular.

4.3 *Hermafroditismo cultural*. Sin embargo, esto concierne a un futuro lejano hipotético. Y el futuro próximo se halla en una situación contradictoria. La difusión global de la cultura de masas occidental ha debilitado cada vez más la cultura popular y nacional, y ante la ampliación de las relaciones internacionales y la creciente igualación de las formas de vida extranjeras, se considera improbable que tenga lugar un Renacimiento de las bases culturales primitivas. Por otro lado, sin embargo, sus logros, reales o ficticios, son todavía lo suficientemente fuertes como para servir como armas simbólicas y para consolidar compromisos colectivos. Hay que conversar en la cultura global. El sujeto colectivo —también en un futuro próximo— vive en un hermafroditismo cultural, capaz de explicar algunas de las tendencias esquizoides de su comportamiento.

Mientras la cultura y formación burguesas han desaparecido en los países en los cuales se originaron y desarrollaron, fluyen en otros países a través de la forma de consumo moderno que se ha impuesto y a través de la técnica moderna, la cual ha establecido formas de trabajo cuyo sistema de funcionamiento exige el empleo de medios electrónicos, al tiempo que dichos medios se encuentran continuamente presentes en todas las clases de entretenimiento en una cultura global relativamente homogénea. La tantas veces estereotipada cultura de masas se encuentra por encima de esta base objetiva cultural y está presente ya en el lenguaje de imágenes a través del cual aquélla ha sido traducida en su mayor parte a la cultura nacional y popular, a pesar de que cuando a éstas les influyen también otros factores, dicha traducción puede hacer que adopten una figura un tanto fantasmal.

El equipamiento tecnológico de la vida cotidiana y del lugar de trabajo a nivel global no puede eliminar por sí mismo este dilema cultural. De ahí que la técnica moderna, pese a su origen ideológicamente neutral en Occidente, pueda constituir el trasfondo tecnológico de distintos contenidos culturales. No obstante, una sociedad con alto grado de tecnificación es proclive a dotar de gran libertad de acción a los propios críticos de la técnica. Sea como fuere, ha sido imposible durante mucho tiempo el regreso de las culturas castizas y autónomas, ya que la densidad de población a escala global ha hecho indispensable que existan relaciones entre todos los territorios del mundo. Bajo estas condiciones, la diversidad cultural que está representada por algunos colectivos se mantiene siempre en forma de un conflicto cultural. Es ficticia la idea de una coexistencia de culturas autónomas.

5. LA TÉCNICA Y LAS TRANSFORMACIONES DE LA HUMANIDAD. El nuevo debate en torno a la técnica se divide en dos grandes temas. Por un lado, se analizan las consecuencias del pensamiento y modo de actuar técnicos en la “esencia” o “humanidad” del ser humano como en tanto que persona. Por otro lado, se estudian las consecuencias del progreso técnico para la especie humana en su conjunto, considerada como colectivo y como especie biológica; en este sentido debemos hablar de su vida y su supervivencia. Ambas cuestiones son tratadas desde puntos de vistas optimistas o escépticos, y probablemente no se pueda decir nada al respecto sin repetir lo que ya se ha dicho, algo que no queremos hacer aquí.

Estamos interesados, más bien, en el valor sintomático del hecho de que durante el transcurso de las últimas décadas el centro del debate sobre la técnica se haya desplazado paulatinamente del primero al segundo tema. Indudablemente, los dos se cruzan en puntos clave, especialmente cuando se piensa en las concepciones que tienen de la vida buena —en términos éticos— la tradición humanista y el ideal de la supervivencia. No obstante, la diferencia entre los problemas conceptuales sigue siendo perceptible y heurísticamente provechosa. El paso del ideal de la personalidad al ideal de la supervivencia colectiva constituyó un cambio histórico.

5.1 *Un gran entierro*. La creciente separación entre la formación humanista y la formación técnica se reflejó en los años sesenta en la consigna de las “dos culturas”. Se tuvo la impresión de que dos corrientes aproximadamente igual de intensas se medirían la una con la otra, y la puerta se encontraba todavía abierta. Pero la impresión era errónea. El rápido desarrollo de la técnica tras la Segunda Guerra Mundial había iniciado la extinción de la formación humanista, y solo la ley de la inercia garantizó la perduración relativamente larga del mundo del espíritu burgués en la democracia de masas. Aquella extinción produjo una dulce muerte, a la que siguió un gran entierro. Cuando se difundió aquella consigna, la formación humanista perdió precisamente su última batalla contra las fuerzas unidas de la revolución cultural y de la economía, en la que toda la oposición encontró una solución y donde la formación debía ser puesta al servicio de la “praxis” y de la “sociedad”. Cada lado supo tomar, naturalmente, algo del otro. Pero era fácil prever que solo la interpretación de uno de ellos prevalecería.

La revolución cultural fue todavía más profunda. Permitted que la temprana vanguardia artística se aferrara a un motivo fundamental y condujo a la “Postmodernidad”, al tiempo que la legitimación de lo trivial y la “estética del rastro” surrealista destruyeron la jerarquía de los cánones humanistas. La Vanguardia artística se separó de esta jerarquía construida bajo el ideal de personalidad, gracias a lo cual pudo dar cabida a todas las clases posibles de “autorrealización”. El objetivo fue al mismo tiempo emancipador; el resultado fue, empero, que la formación de esta actitud mental llevó consigo una democracia caracterizada por la producción y el consumo de masas.

El contraste entre las “dos culturas” que representaban dos ideales distintos de formación se resolvió, por lo tanto, por sí mismo, y el tardío e indignado despertar del mundo hu-

manista de la formación también quiso aprovechar esto. En la drástica consigna entre ambas culturas se abrieron paso las razones sociales objetivas y no el carácter irreconciliable de la original formación humanista con los objetivos de la técnica. En la jerarquía burguesa-humanista la ciencia se encontraba entre los valores espirituales, que se unió estrechamente con la técnica, y el Gran Técnico, ya sea como un inventor solitario o como el vencedor de las fuerzas naturales con fines económicos, fue concebido como el nuevo Prometeo junto al artista y al filósofo en el panteón de los grandes personajes. Fue, de este modo, la representación misma del ideal burgués de personalidad, y mediante su labor debía crear las condiciones materiales para el desarrollo libre de la personalidad. La técnica debía servir, por tanto, para este desarrollo, desplegar lo que el ideal humanista de personalidad consideraba digno.

Se parecía así a la síntesis liberal burguesa de la técnica y de la humanidad. El individuo universal libre de una sociedad altamente tecnificada no fue sino pensado escatológicamente en la utopía marxista. Ni la ciudadanía ni la humanidad veían en la técnica una *hybris* (una desmesura), sino que veían más bien el principal lamento del latifundismo patriarcal que representaba al conservacionismo clásico, el mundo que se hundió con la segunda Revolución Industrial. Los enemigos del liberalismo creyeron, no obstante, que la técnica debía ser considerada antes como destino que como *Hybris*, y la aceptación de este destino, frente a la esperanza humanista o las maldiciones conservadoras, podía dotar a los “trabajadores” o las “grandes industrias” de gran capacidad para llevar a cabo una gran labor histórica.

*5.2 Obligación de retirarse.* Tras la disolución del conservadurismo clásico se superó la recriminación de la *hybris* en distintos refugios de “derecha” e “izquierda”. Cuando se consiguió pasar a una nueva época, al tener lugar un enfrentamiento entre las “dos culturas” una de ellas se disolvió y llegó a su fin, debido a lo cual se comenzó a tratar la cuestión de la técnica no desde la perspectiva individualista del ideal humanístico de la formación (que representaba a la cultura anterior), sino más bien en relación con el problema de la supervivencia. Este viraje fue efecto de una angustia doble: ante una guerra mundial nuclear y ante un colapso ecológico. La profunda paradoja consistió en que la caída en una angustia cada vez mayor hizo que la técnica se tornara indispensable, debido a lo cual se excluyó la posibilidad de que tuviera lugar un retorno al contexto histórico en que la técnica había constituido un gran peligro.

Los protagonistas de la Guerra Fría perfeccionaron su arsenal gracias a que tuvieron acceso a armas nucleares, lo cual les dotó de capacidad para disuadir a sus oponentes. La posibilidad y la presumible destructividad de una guerra nuclear aumentan paralelamente con el esfuerzo de intimidación; por consiguiente, la prevención de las guerras puede ir aparejada de un mayor desarrollo técnico. El círculo vicioso no se halla en la lógica inherente a esta constelación, sino en los factores externos, los de los competidores obligados a retirarse.

Con la intervención de un *Deus ex machina* se espera mucho menos en el sector ecológico. La solución que se espera

de ello consiste en una disociación de la técnica y de los efectos secundarios indeseados que le acompañan. Estos efectos secundarios han hecho que la reproducción de la vida social cada vez dependa más de los desarrollos y procesos técnicos. Incluso el más vehemente de los críticos de la técnica moderna no puede sino reconocer que el abastecimiento de la actual sociedad de masas no se llevaría a cabo si no fuera por la gran tecnificación que éste ha sufrido. Incluso la alimentación de seis (que pronto serán ocho o diez) millones de hombres exige inevitablemente en su mayor parte una intervención técnica en los procesos naturales, y en la medida en que aumente la sobrecarga ecológica tendría que orientarse hacia el mantenimiento del consumo a escala mundial siguiendo el ejemplo occidental. La angustia ante los resultados de la técnica y su demanda social aumentan paralelamente la una con la otra; tanto la angustia como la demanda están condicionadas existencial y biológicamente.

No siempre es recomendable hacer de la necesidad virtud y, lamentablemente, con las necesidades ideológicas parece que esto ocurre a menudo. De acuerdo con la comprensión que tiene de sí mismo Occidente —con la consecuente legitimación que se atribuye—, la técnica no es meramente un elemento indispensable a nivel social, sino que también está vinculada con el ideal de libertad. Es una creación y, al mismo tiempo, una confirmación de la racionalidad occidental, la cual nos protege de la “metafísica” oscurantista. Por influencia de la técnica, los enfoques políticos pragmáticos que defienden la tolerancia exigen la consolidación de una democracia pluralista. Por otra parte, la técnica es uno de otros pilares esenciales de la democracia, junto a la economía liberal. Requiere por completo del progreso técnico, el cual hace avanzar constantemente a través de la competencia de las empresas.

*5.3 Aprender del aprendiz de brujo.* Esta extensa concatenación de la técnica con la racionalidad que debe servir a la libertad, sin duda contribuye a calmar la angustia existencial, y puede surgir la reconfortante sensación de que se hace al menos lo correcto a nivel ético y político, incluso si no se puede saber a dónde conduce. No estaba en juego el factor ideológico-psicológico, de ahí que no fueran satisfechas las demandas de quienes se ocupan de promover la conducta política correcta que se ha de adoptar contra el “enemigo de las nuevas tecnologías”, el cual constituye una expresión del irracionalismo antidemocrático. No obstante, tales demandas están creciendo cada vez más y amenazan con alterar la calma y la comodidad que antes existía.

Pero, a pesar de las justificaciones ideológicas, el prestigio de la técnica ha disminuido en las últimas dos décadas. Sin embargo, en la práctica sigue siendo decisivo el hecho de que ninguna parte ha propuesto una alternativa realista al progreso técnico. Cuanto más evidente se haga el mito de Prometeo, del aprendiz de hechicero, tanto más se reforzará su falta de independencia. Se debe confiar en la técnica, aunque sin alabarla y sin poder creer completamente en ella. La mayoría de los hombres en las sociedades occidentales, siempre y cuando reflexionen sobre tal cuestión, esperan por lo visto que la técnica encuentre la solución a tiempo.

Podemos también resignarnos, con la esperanza de que

muchas peores formas de resignación sean evitadas. De todos modos, no existen demasiadas opciones. Parece conveniente rendirse ante la técnica antes de que tenga lugar una sobrecarga demográfica y ecológica a escala mundial; si no lo hacemos, podemos caer con toda certeza en el canibalismo. En este sentido, la humanidad continúa dependiendo de la técnica. Pero se trata de una humanidad que se halla entre la espada y la pared, pues, por un lado, evitaría posibilidades de catástrofe y lograría mantener la sustancia biológica de la especie "humana", pero, por otro lado, se trataría ya de una humanidad hartamente reducida.

El ideal humanista liberal burgués se vino abajo a causa del desarrollo de la técnica, y ello posibilitó el paso a una democracia que produce y consume en masa. Si la técnica, a pesar de todo, se mantiene en el futuro como el último guardián de la humanidad, habrá cambiado entonces radicalmente su importancia.

*Traducción de Víctor Páramo Valero*

